

Wigo

CARLOS SERPAS

Ilustraciones de Ona Causa





Wigo

CARLOS SERPAS

Wigo

Ilustraciones de Ona Causa

edebé

© Carlos Serpas, 2020
© Ilustraciones: Ona Causa, 2020

© Ed. Cast.: Edebé, 2020
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición, marzo 2020

ISBN: 978-84-683-4686-1
Depósito legal: B. 23760-2019
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A María Belén y
Carlos Andrés.*

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos.....	15
Capítulo tres	19
Capítulo cuatro.....	27
Capítulo cinco.....	31
Capítulo seis	43
Capítulo siete.....	51
Capítulo ocho	61
Capítulo nueve	71
Capítulo diez.....	75
Capítulo once	77
Capítulo doce.....	83
Capítulo trece	99
Capítulo catorce.....	107
Capítulo quince	117
Capítulo dieciséis.....	125
Capítulo diecisiete	135
Capítulo dieciocho.....	139



Capítulo uno

Wigo se escondió entre unos arbustos y esperó. Lo que esperaba no tardó en aparecer. Desde donde se hallaba, lo observó atravesar un riachuelo cercano de un solo paso, detenerse y mirar de un lado para otro. El gigante husmeaba el aire como un perro de caza.

Wigo apenas respiraba. Permanecía tan quieto como una estatua de mármol. Sabía que los gigantes poseen un magnífico oído y, si se lo proponen, son capaces de escuchar el vuelo de un colibrí. Por ello, Wigo temía incluso el latido de su propio corazón, que le parecía demasiado ruidoso.



Pero entonces sucedió algo tan inesperado como imprudente. Alguien gritó:

—Eh, tú, tonto, ¿quién te crees que eres?

Quien insultaba al gigante era Fla, compañero, escudero y amigo de Wigo. Este negó con la cabeza. No podía creerlo. Era una locura ofender a un gigante y era dos veces una locura si el gigante en cuestión estaba enfurecido.

Fla estaba subido en una rama y le había gritado desde ahí. Wigo se atrevió a asomarse entre las hojas diminutas de un arbusto y observó la escena.

—¿A quién llamas tonto? —preguntó el gigante.

—A ti, tontísimo —dijo Fla—. ¿Crees que porque mides tres metros puedes venir a asustar a las cabras?

—¿Quién mide tres metros? Yo mido casi cuatro. Y tú, ¿cuánto mides? ¿Un metro y medio?

—¿Y eso qué importa?

—Importa —dijo el gigante—, porque en este momento te voy a reducir a cinco centímetros.

—¡¡¡Wigo!!! —gritó Fla con todas sus fuerzas—. ¡¡¡Señor Wigo!!!

Wigo no sabía qué hacer. Estaba claro que, por muy tonto que fuese, no podía dejar a Fla a su suerte. Pero ¿a quién se le ocurría ofender a un gigante?

El gigante caminó en dirección a Fla. Fla saltó de inmediato hasta unas ramas más altas. No fue fácil. Había mucho viento y el árbol se movía demasiado. El gigante tomó entre sus enormes manos

el tronco del árbol y lo zarandeó de un lado para otro. Fla se agarró con todas sus fuerzas a una rama.

—¡¡¡Wigooooooooooo!!! —volvió a gritar, afligido.

—¿A quién estás llamando? —dijo el gigante—. ¿A tu mamaíta?

—Me está llamando a mí, señor —dijo Wigo, que estaba detrás de él.

El gigante se dio la vuelta para mirarlo. Puso una cara mitad de asombro, mitad de burla, cuando descubrió que Wigo tenía una espada de madera en la mano. A Wigo le temblaban las piernas.

—¿Y tú quién eres, mequetrefe? —preguntó el gigante.

—Es un héroe —gritó Fla, con genuino orgullo. Al escuchar esto, el gigante se

rio de manera estridente—. El héroe más valiente que pueda imaginarse —aseguró Fla mientras Wigo no hacía más que poner cara de afligido y mirar hacia un lado y otro preguntándose qué estaba haciendo allí.

—Un héroe —dijo el gigante, en medio de estruendosas carcajadas.

—Sí —dijo Fla—, y ha venido para darte una paliza.

Al escuchar esto el gigante no pudo más y se tiró al suelo riéndose a más no poder. Los gigantes tenían fama de burlarse de sus oponentes antes de vencerlos. Lo que hacían, casi siempre, sin la menor dificultad. Tan fuerte se reía el gigante que su risa se escuchaba más que el sonido del viento.

Wigo se sintió ofendido por las burlas del gigante. Quería tomar una piedra y lanzarla a su enorme nariz. Pero no era un tonto. Sabía que mientras el gigante estuviera en ese estado tenían una oportunidad de escapar. Le hizo señas a Fla para que bajara del árbol y este saltó de rama en rama como lo haría un pequeño mono capuchino. En menos de un segundo estaba en el suelo y ambos huyeron en dirección al bosque.